

Dios, el mal y del sufrimiento

Fernando D. Saraví

En su obra ya clásica *La cruz de Cristo*, John Stott afirmó: “El hecho del sufrimiento indudablemente constituye el mayor desafío singular a la fe cristiana”. Creo que la mayoría de los cristianos conscientes estaremos de acuerdo con Stott. Por cierto es un desafío, pero, como veremos, está lejos de poder impugnar la fe cristiana.

La existencia del mal y su consecuencia, el sufrimiento, se nos impone como una realidad innegable, que no es en sí misma problemática. El problema se plantea cuando uno intenta entender la existencia del mal y del sufrimiento en un universo creado y sostenido por un Dios todopoderoso, omnisciente y absolutamente bueno. Según el escritor cristiano Lactancio (240-320), el desafío fue planteado del siguiente modo por el filósofo griego Epicuro (ca. 341- ca. 270 a.C.):

O Dios desea abolir el mal, pero no puede; o puede, pero no desea hacerlo. Si desea abolirlo, pero no puede, es impotente. Si puede, pero no desea hacerlo, es malvado. Si Dios puede abolir el mal, y realmente desea hacerlo, ¿por qué existe el mal en el mundo?

Es decir que Dios carece del poder, del deseo (o de ambas cosas) para poner fin al mal. Deberemos tratar este planteo con detalle luego. Por el momento hay que notar que este problema es propio principalmente de la fe judeocristiana. No se plantea así en las demás grandes religiones.

En el **hinduismo**, el mal es una consecuencia de la ley del **karma**, según la cual cada acción tiene consecuencias inexorables. Pagar la deuda del karma es una condición necesaria para alcanzar la salvación y salir del ciclo de reencarnaciones sucesivas. Cada individuo debe pagar su propia deuda a través de las buenas acciones y el sufrimiento que debe experimentar.

En el **budismo**, la raíz del mal y del sufrimiento es la existencia del **deseo**. Sufrimos porque en lugar de dejar que las cosas transcurran y aceptarlas tal cual se presentan, anhelamos una realidad diferente y sufrimos porque no podemos experimentarla.

Por otra parte, en la tradición monista del lejano Oriente –que incluye el hinduismo y el budismo entre otras religiones o filosofías – existe la creencia de que lo perceptible a nuestros sentidos no es real sino **ilusorio**, ya que la realidad final es una, en la cual no hay distinción entre el bien y el mal.

En el **Islam**, predomina el fatalismo, ya que todo cuanto ocurre es conforme a la voluntad de Dios y por tanto, el creyente debe aceptar lo que le ocurre, ya sea que le parezca bueno o malo, como aquello que **Alá ha decidido** para él.

Otro tanto ocurre en la filosofía estoica, que también es fatalista, y según la cual la sabiduría consiste en soportar con valor y presencia de ánimo cualesquiera aflicciones que puedan sobrevenirnos.

Por otra parte, la Biblia enseña la existencia de un único Dios que es supremamente bueno, omnipotente y omnisciente. Los santos del Antiguo Testamento se rebelan y claman a Dios para que ponga fin al mal. Esto puede verse claramente en el libro de Job y en muchos salmos.

En este breve escrito presentaré posibles respuestas que los cristianos podemos proporcionar sobre este tema. Todas ellas buscan demostrar que no hay contradicción lógica entre la existencia de Dios tal como lo revela la Biblia y la existencia del mal y del sufrimiento en este mundo. Una categoría de estas explicaciones se dedica a explicar por qué Dios no es el autor del mal, formulación que se denomina “teodicea”.

De todos modos, la misma Escritura nos advierte que ahora vemos como “por un espejo, veladamente” (1 Corintios 13:12). Nuestro conocimiento es limitado y sería un grave error pretender dar respuestas simples a problemas complejos. Lo que se requiere de nosotros ante el sufrimiento de nuestro prójimo es ante todo compasión y solidaridad. Las respuestas que propongo son, empero, apropiadas para quienes cuestionan la bondad y sabiduría de Dios.

Cuestionamiento moderno sobre el mal y el sufrimiento

Los pensadores cristianos han dedicado mucha atención a estos problemas, al punto de que es difícil que un ateo pueda plantear una pregunta que los cristianos no se hayan hecho a sí mismos, generalmente mucho antes. En tiempos recientes los cuestionamientos se han tornado aún más agudos – al menos en Occidente – como resultado de ciertos desarrollos históricos:

1. Una de las respuestas cristianas históricas al problema del sufrimiento de los justos era que se trataba de un estado pasajero y breve en términos del plan eterno de Dios. Aunque

esta respuesta continúa siendo correcta, durante el **Renacimiento** se desarrolló una revalorización de la naturaleza, las ciencias y las artes, y con ellas de la vida terrena, con lo cual se tornó más importante tratar de entender el mundo que nos rodea tal como lo experimentamos, es decir, en sus propios términos y no solo, ni primariamente, en función de la vida venidera.

2. La importancia creciente otorgada a la razón humana desde la **Ilustración** tendió a tornar al hombre “la medida de todas las cosas” y por tanto a rechazar creencias y doctrinas – en particular las propias de la religión revelada – que no fueran aceptables a la razón humana (sin tener en cuenta, como advirtió Blas Pascal, las limitaciones de la razón humana).
3. Durante la mayor parte de la historia, el sufrimiento fue **aceptado** como parte de la experiencia cotidiana de la raza humana y no era motivo para alejarse de Dios, sino todo lo contrario. Cuando la plaga aniquiló un tercio de la población europea en los siglos XIII y XIV, las iglesias se vieron atestadas de fieles rogando misericordia a Dios. Los avances de la ciencia moderna, tanto de las ciencias de la salud como las ciencias ambientales y sus aplicaciones han posibilitado una reducción drástica del sufrimiento. Por ejemplo, la mortalidad infantil se ha reducido enormemente y la expectativa de vida ha crecido décadas entre el siglo XIX y el siglo XXI. Este progreso, que en sí mismo es bueno, ha tenido el efecto colateral de hacernos cada vez más **intolerantes** al sufrimiento.

A esto debe agregarse el hecho de que la globalización de las comunicaciones hace que estemos al tanto de cualesquiera desgracias ocurran en cualquier parte del mundo. De hecho, muchos de los que rechazan la existencia de Dios lo hacen sobre la base de un sufrimiento que no los afecta personalmente, sino que aflige a personas en países lejanos. Paradójicamente, con frecuencia, en esos mismos países las personas sufrientes reaccionan **acercándose** a Dios, en lugar de apartarse de Él.

Mal moral y mal natural

Antes de ensayar respuestas, conviene distinguir entre dos clases de mal que pueden conducir al sufrimiento, llamados generalmente mal moral y mal natural.

El mal moral – o pecado – es todo aquél que se deriva de las acciones de seres conscientes y capaces de discernir entre lo que es moralmente bueno o malo. Incluye todo mal que los seres humanos inflingen a otros seres humanos, y también el derivado de seres espirituales rebeldes a Dios (demonios). Si el mal moral desapareciera, el mundo sería un lugar mucho mejor. No habría homicidios, violaciones ni robos; no habría empresarios

inescrupulosos, crimen organizado ni políticos corruptos. Gran parte del sufrimiento de la humanidad desaparecería de la noche a la mañana.

El mal natural es la causa del sufrimiento que se debe a desastres que no son causados por acciones humanas (o demoníacas) sino a la operación de las fuerzas de la naturaleza. En esta categoría están los terremotos, huracanes, tsunamis y muchas enfermedades.

Por supuesto, la distinción entre mal moral y mal natural no siempre es neta. Por ejemplo, la codicia e imprudencia humanas pueden causar calentamiento global y promover desastres climáticos, favorecer la propagación de enfermedades o aumentar el número de víctimas de un terremoto. No obstante, la distinción tiene importancia, como se verá luego.

El desafío ateo

Con su habitual lucidez, C. S. Lewis escribió:

El hombre antiguo se acercaba a Dios (o incluso a los dioses) como el acusado se acerca a su juez. Para el hombre moderno, los papeles están invertidos. Él es el juez: Dios está en el banquillo. Es un juez muy benevolente: si Dios tiene una defensa razonable por ser el dios que permite la guerra, la pobreza y la enfermedad, está dispuesto a escucharla. Pero lo importante es que el Hombre está en el Estrado y Dios está en el Banquillo.

Los ateos emplean la existencia del mal y del sufrimiento como argumentos en contra de la fe cristiana de dos maneras principales:

1. Para argumentar que la existencia del mal y del sufrimiento es incompatible con la existencia de un Dios que es todopoderoso y supremamente bueno.
2. Para criticar todo el mal y el sufrimiento que ha sobrevenido a causa de la religión.

Ya que los ateos rechazan la autoridad e inspiración divina de la Biblia, veamos si podemos contestar sus objeciones empleando únicamente la razón.

¿Cuánto mal es permisible?

Algunas personas admiten que, dada la naturaleza del mundo y nuestra imperfección, cierto grado de mal y sufrimiento puede ser comprensible, pero rechazan lo que consideran males y

sufrimientos **extremos** e incomprensibles – como el holocausto nazi y miles de violaciones, torturas y homicidios. Aunque se trata de males que hacen los hombres, solamente pueden hacerlos porque Dios lo permite. ¿Por qué Dios no los impide? ¿De veras es necesario **tanto** mal y sufrimiento? Una primera observación aquí es la siguiente:

Algunos dicen que el sufrimiento humano parece ir más allá de lo que un buen Dios permitiría. El problema con esta objeción es que nadie realmente experimenta “la suma del sufrimiento humano”. Cada persona puede experimentar solamente su propio sufrimiento. (Turek)

El problema aquí es más cuantitativo que cualitativo. Una posible respuesta es la siguiente. Supongamos que Dios impidiese sistemáticamente ciertos males, como por ejemplo el homicidio o la muerte accidental de niños pequeños. ¿Atribuiríamos esta mejora a Dios o la consideraríamos un progreso de la humanidad? Y una vez que dicho mal desapareciera, ¿no nos volveríamos cada vez más exigentes –como de hecho ha ocurrido – demandando la supresión de males cada vez menores?

El caso es que **todos** en algunas ocasiones obramos mal. Si Dios interviniere cada vez que una persona fuera a hacer algo malo, anularía nuestra libertad para decidir y seríamos buenos por decreto divino. Esto obviamente sería el fin del libre albedrío y de nuestra capacidad de educar nuestra voluntad para tomar las decisiones correctas. También implicaría el fin de la posibilidad de **amar** libremente a Dios, que es el propósito fundamental de nuestra existencia.

Una fuente de confusión – y no solamente para los ateos – es una concepción errónea de los adjetivos “omnipotente” y “todopoderoso”. Estas palabras significan la capacidad de hacer todo lo que el poder puede hacer, no de hacer cualquier cosa imaginable. Hay muchas cosas que el Todopoderoso no puede hacer. Algunas porque son contradicciones lógicas y otras porque son contrarias al carácter de Dios. Entre las primeras, Dios no puede hacer un triángulo de cuatro lados, ni puede crear una roca tan grande que él mismo no pueda mover. Entre las últimas, Dios no puede mentir, no puede contradecirse, no puede cambiar en su carácter. Notablemente, Dios no puede obligarnos a que lo amemos, aunque su poder pueda obligarnos a obedecerle y hasta pueda destruirnos.

Lo que Dios en efecto **ha hecho** es crearnos con libertad para decidir, ha puesto en nosotros una conciencia moral y un sentido de justicia, y se ha revelado a nosotros a través del orden creado, de las Escrituras y supremamente a través de Jesucristo. Además, nos ha puesto

en un mundo ordenado, regulado por leyes naturales que hacen **previsibles** las consecuencias de nuestras acciones.

Retornando al cuestionamiento ateo, debemos ante todo admitir que nuestra razón es limitada. Queremos entender, pero no siempre estamos en condiciones de hacerlo. Es muy probable que, con frecuencia, nosotros no percibamos las razones que Dios puede tener para permitir lo que nosotros vemos como males excesivos, pero esto lógicamente no implica negar que Dios pueda tener razones legítimas y moralmente suficientes para permitirlos. De hecho, solamente quien tuviera omnisciencia estaría en condiciones de llegar a tal negación con fundamento adecuado. Dinesh D’Souza observa: “Ya que Dios solo entiende el diseño total y el propósito de la creación, esperaríamos que la creación fuera totalmente comprensible solamente para él”.

Una persona solamente puede afirmar que los males y el sufrimiento percibidos carecen de propósito y que ningún bien puede compensarlos o superarlos, si presupone que no existe Dios, ni una realidad trascendente, ni vida eterna. Sin embargo, como observa el filósofo cristiano Edward Feser,

Pero si él está presuponiendo que no hay Dios, entonces al presentar su argumento basado en el mal [contra la existencia de Dios], está simplemente argumentando en círculos, suponiendo la misma cosa que está tratando de demostrar, y en consecuencia no la está demostrando en absoluto.

Por el contrario, si la existencia de Dios no se descarta de antemano, la realidad del mal y el sufrimiento no pueden emplearse como argumento en contra de tal existencia; de hecho, como veremos más adelante, nuestra percepción del mal y del sufrimiento es más bien un argumento **a favor** de la existencia de Dios. Por esto, como nota Turek, cuando no se descarta una perspectiva trascendente:

... ni siquiera el peor mal cometido por criaturas libres ni el sufrimiento causado por desastres naturales puede ser considerado sin propósito. Es por eso que la mayoría de los filósofos concuerdan en que la existencia del mal no es incompatible con la existencia de Dios.

¿Hay algo malo en este mundo?

Los ateos conciben generalmente al universo como un sistema cerrado, en el cual todo ocurre exclusivamente según las leyes naturales. En esta concepción, el hombre es un producto más de este universo, y por tanto – si bien más complejo que otros animales – todos sus pensamientos y acciones están determinados por la actividad eléctrica y las reacciones químicas que tienen lugar en su cerebro. El Premio Nobel Francis Crick lo expresó claramente, en su libro *La hipótesis sorprendente*: “La hipótesis sorprendente es que «tú», tus gozos y tus penas, tus recuerdos y tus ambiciones, tu sentido de identidad personal y libre albedrío, no son de hecho nada más que el comportamiento de un vasto conjunto de neuronas y sus moléculas asociadas”.

Esta idea presenta serios problemas. Uno de ellos es que es totalmente ajena a la experiencia humana universal. El segundo es que – si fueran así las cosas – no hay ninguna razón para admitir que nuestro propio pensamiento pudiera tener correspondencia con la realidad, y, en consecuencia, nada de lo que digamos puede ser objetivamente cierto o falso (incluyendo, claro, lo que pensaba el pobre Crick).

Un tercer problema, relacionado con los anteriores, se manifiesta cuando hablamos del bien y del mal. Un materialista ateo consistente nunca podría decir, en sentido estricto, que algo está moralmente bien o mal. Cuanto más, podría decir que él lo aprueba o desaprueba, o que le gusta o disgusta, siempre dependiendo de su electrofisiología y química cerebral.

No obstante, los seres humanos normales tienen invariablemente un sentido moral, una percepción – intuitiva o razonada – de que hay cosas que están bien y otras que están mal. Podría argüirse que las cosas que diferentes personas, en diferentes tiempos y lugares, consideran que están bien o mal son diversas, pero ese no es mi punto aquí. Lo crucial es que el ser humano tiene un sentido del bien y del mal.

Desde luego, los materialistas ateos que cuestionan la existencia de Dios con el argumento de que ella es incompatible con la existencia del mal, suponen que el mal realmente existe. Ellos dan conferencias, sostienen debates y publican *blogs*, artículos y libros destinados a convencer a los demás de sus propios puntos de vista, incluyendo, claro, aquellas cosas que ven como buenas o malas (por ejemplo, la ciencia es algo bueno, la religión es algo malo). Pero tal actividad presupone que existe alguna **norma objetiva** que todos los seres humanos pueden comprender y aceptar racionalmente; de lo contrario, todo lo que dicen no pasa de ser una mera opinión – y, según su propia cosmovisión, el inexorable resultado de su actividad cerebral.

En consecuencia, el sentido moral del ser humano y su conciencia de la existencia del mal, lejos de ser un argumento contra la existencia de Dios, son en realidad argumentos a favor. Como lo expresa Charlie Campbell:

Es el mal que realmente existe lo que verifica que hay una ley moral fáctica, objetiva, real en el universo. Pero no puede haber tal cosa como una ley moral objetiva sin alguien que la establezca, Dios.

En otras palabras, toda vez que uno reconoce la existencia del mal está admitiendo – explícita o implícitamente – que hay una norma objetiva por la cual pueden juzgarse las cosas. Ya que ningún ser humano puede establecer normas objetivas – ciertas para todos y en todas partes – la mejor explicación de tal norma es que procede de Dios.

Perspectivas filosóficas de pensadores cristianos

Como dije antes, a lo largo de la historia los cristianos han reflexionado profundamente sobre el tema del mal y el sufrimiento. Por ejemplo, en su *Summa Theologica* Santo Tomás de Aquino concluyó lo siguiente: “No hay absolutamente ninguna razón para pensar que un Dios todopoderoso y perfectamente bueno habría de prevenir el sufrimiento que vemos a nuestro alrededor – pues es parte de la infinita bondad de Dios que él permitiera que el mal existiese, y de él producir el bien”.

San Agustín: El mal como parásito del bien

Agustín de Hipona (354-430) notó que el mal solamente puede tener existencia en un mundo que tiene cosas buenas. La explicación de Agustín está dirigida a demostrar que Dios no es el Creador del mal. Para entender esto, hay que formular el siguiente (falso) silogismo, al cual responde Agustín:

1. Todo lo que existe fue creado por Dios
2. El mal existe
3. Por tanto, el mal fue creado por Dios

Agustín responde con un argumento cuya simplicidad no debe ocultar su importancia: el mal no es algo que existe (creado), sino la **ausencia** de bien. Del mismo modo en que físicamente

la oscuridad puede concebirse como la ausencia de luz, el frío como la ausencia de calor o el vacío como la ausencia de materia, el mal puede entenderse como la **ausencia** de bien.

De modo que el mal no es una sustancia, sino un déficit o una tergiversación de algo **bueno** hecho por Dios. Por tanto, el mal no fue creado por Dios y, de hecho, puede entenderse como todo lo que se **opone** a su bondad. Adicionalmente, lo bueno puede lógicamente existir en ausencia de nada malo, pero el mal tiene una existencia **parasítica**, dependiente de la existencia del bien, pues solamente puede tornarse malo algo que alguna vez fue bueno.

Por ejemplo, una herida (algo malo) en el brazo (algo bueno) solamente puede existir si existe el brazo. El brazo puede existir sin la herida, pero la herida **no puede existir** sin el brazo. Notamos de paso que el mal puede ser mayor cuanto más bueno es el objeto afectado. Satanás era un ángel bello y poderoso. El ser humano es la corona de la creación de Dios. Como dice una expresión latina: *Corruptio optimi pessima*, que puede traducirse libremente como “no hay nada peor que la corrupción de lo mejor”.

La respuesta de Agustín es correcta y útil para rechazar el falso silogismo planteado arriba, cuya premisa mayor aparece como errónea (el mal no es algo creado), pero no basta para explicar cómo llegó a existir el mal en un mundo que fue creado “muy bueno”.

Leibniz: El mejor de todos los mundos posibles

El matemático y filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz (1646- 1716), quien desarrolló el cálculo matemático de manera independiente de Isaac Newton, fue quien acuñó el término “teodicea”, del griego *theos* (Dios) y *diké* (justicia), que subraya la justicia de Dios. Una teodicea es un argumento racional que intenta demostrar que Dios no es el autor del mal.

Leibniz consideraba (correctamente) que las verdades de la fe cristiana y de la filosofía no podían contradecirse entre sí, pues **ambas** eran dones de Dios. Con esta premisa intentó explicar, desde el punto de vista filosófico, la existencia del mal en la Creación.

Según Leibniz, dada la naturaleza de Dios, este mundo era el mejor de todos los mundos posibles; Dios no hubiera hecho algo menos perfecto de lo que era **posible** hacer. Si bien la sabiduría y el poder de Dios son ilimitados, los seres humanos, como criaturas, son limitados tanto en su sabiduría como en su poder para actuar.

Por esta razón, en el ejercicio de su libre albedrío – otorgado por Dios – pueden desarrollar falsas creencias, tomar decisiones equivocadas y realizar acciones incorrectas que causan sufrimiento. Dios no inflinge arbitrariamente dolor y sufrimiento, sino que **permite** el mal moral y el mal físico como **medios** por los cuales los seres humanos, por comparación, aprecien mejor el bien y puedan corregir sus comportamientos erróneos.

El mal como efecto inevitable del libre albedrío

Dios creó el mundo por amor y creó en el criaturas (nosotros) que pudieran ser amadas por Él y retribuirle ese amor. Dios pudo haber creado un mundo sin tales criaturas, pero este no fue su propósito según la Biblia.

Ahora bien, el poder – incluso el poder supremo – tiene limitaciones en cuanto a lo que puede hacer; en particular, no puede producir amor. En su libro *Desilusión con Dios*, Philip Yancey nota que este hecho es ilustrado por la experiencia del pueblo de Israel.

El poder puede hacer todo, excepto lo más importante: no puede controlar el amor. Las diez plagas de Egipto muestran el poder de Dios sobre el faraón. Pero las diez grandes rebeliones [de los israelitas] registradas en Números muestran la impotencia del poder para lograr lo que Dios más deseaba: el amor y la fidelidad de su pueblo (p. 75).

El amor solamente puede surgir, crecer y perpetuarse como una elección deliberada de la voluntad, y para ello se requiere libertad. Ninguna cantidad de poder puede generarla.

No obstante, la libertad para aceptar y retribuir el amor de Dios **exige** la posibilidad de rechazarlo. Una devoción u obediencia que surge de la coerción o la inevitabilidad no es digna de llamarse amor. Por tanto, no era lógicamente posible un mundo con seres dotados de libre albedrío sin riesgo de que las criaturas rechazaran al Creador.

Hay que notar que la **imposibilidad** a la que me refiero no menoscaba en absoluto la **omnipotencia** de Dios, como dijimos antes. Notamos antes que, según Leibniz, el nuestro era el mejor de todos los mundos posibles. Si consideramos que el libre albedrío es un regalo de Dios, debemos recordar que puede ser empleado tanto para acercarse a Él como para rechazarlo. La alternativa a la posibilidad del mal y del sufrimiento es un mundo sin libre albedrío, que claramente es **inferior** al nuestro ya que haría imposible el amor y el perfeccionamiento moral de las criaturas.

Necesidad del mal natural

Algunos se rebelan contra la existencia de las catástrofes naturales, como terremotos y tornados, como prueba o de la inexistencia de Dios o de su falta de amor. En realidad, al igual

que con el problema del libre albedrío, las catástrofes naturales son una consecuencia **inevitabile** de la forma en la que este cosmos opera.

Las mismas leyes naturales que **posibilitan la vida en la Tierra** y nos permiten comprender y predecir su funcionamiento, son las que explican las catástrofes, y **no es posible** en esta creación la existencia de un planeta que permita la vida donde, al mismo tiempo, no existan catástrofes. Nuestra mejor comprensión de los fenómenos naturales justifica esta afirmación, como ha sido notado por diversos autores cristianos como John Polkinghorne, Hugh Ross y Rich Deem.

Por ejemplo, el núcleo líquido de nuestro planeta genera su campo magnético, indispensable para la vida. Las placas tectónicas que flotan sobre ese núcleo permitieron la creación de continentes y la vida terrestre. Pero es inevitable que, cuando esas placas tectónicas se desplazan unas sobre otras, ocurra una enorme liberación de energía mecánica que se manifiesta como **terremotos** y tsunamis.

Otro ejemplo es la vida microscópica. Las bacterias son un componente indispensable de todo sistema ecológico (incluyendo el propio cuerpo humano – se estima que el número normal de bacterias en nuestro cuerpo es **mucho mayor** que el número de nuestras propias células), pero en muchos casos la bacterias y otros microorganismos pueden causar **enfermedades**. Simplemente no es posible que gocemos de los beneficios de la vida microscópica, que contribuyen a mantenernos vivos y saludables, sin estar al mismo tiempo expuestos al riesgo de ciertos perjuicios. Como respondió Job a su mujer cuando lo tentó a maldecir a Dios: “Como habla cualquier mujer necia, has hablado. ¿Aceptaremos el bien de Dios y no aceptaremos el mal?” (Job 2: 10).

Perspectivas bíblicas

Todo lo expresado anteriormente me parece importante por un lado, para aclarar nuestro propio pensamiento y, por otra, para dialogar con personas que no aceptan (aún) la autoridad de la Biblia, pero que tienen una mente abierta a razones que permiten admitir que la presente existencia del mal y del sufrimiento no es incompatible con la existencia de un Dios supremamente bueno y todopoderoso.

No obstante, para los cristianos la mayor comprensión no proviene de la filosofía – sin negar su importancia – sino de la revelación especial de Dios en la Biblia. Por eso, a continuación resumo lo que considero como los diez aspectos principales de lo que las Escrituras nos dicen sobre el tema.

1. El mal y el sufrimiento como consecuencias del pecado

Según la Biblia, la muerte del hombre es una consecuencia de su pecado (Génesis 3 y Romanos 12: 5-21; de allí las palabras del Apóstol: *Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro* – Romanos 6:23).

Además, la desobediencia de Adán y Eva tuvo consecuencias persistentes no solamente sobre ellos y sus descendientes, sino que afectó a la creación misma. Por ejemplo, el Apóstol Pablo escribió:

Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada. Porque el anhelo profundo de la creación es aguardar ansiosamente la revelación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sometida a vanidad, no de su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sometió, en la esperanza de que la creación misma será también liberada de la esclavitud de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera a una gime y sufre dolores de parto hasta ahora (Romanos 8: 18-22).

De acuerdo con esto, el pecado humano causó la corrupción no solamente del propio ser humano, sino de la Creación toda, la que ya no se encuentra en el estado prístino en el que Dios la formó. Junto con esta declaración sombría se encuentra una esperanzadora promesa de liberación.

2. El mal y el sufrimiento como una bendición encubierta

En ocasiones, algunos acontecimientos que percibimos como males pueden en realidad ser beneficiosos para nosotros y para otros. El ejemplo clásico de la Biblia es la historia de José, hijo de Jacob, narrada en Génesis, capítulos 37 al 50. Sus hermanos lo vendieron como esclavo para deshacerse de él, pero Dios lo llevó a una posición de poder desde la cual pudo beneficiar a muchos, e incluso a su propia familia. Cuando, años más tarde, José se reunió con sus hermanos, declaró:

Ahora pues, no os entristezcáis ni os pese el haberme vendido aquí; pues para preservar vidas me envió Dios delante de vosotros (...). Y Dios me envió delante de vosotros para preservaros un remanente en la tierra, y para guardaros con vida mediante una gran liberación. Ahora pues, no fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios; y Él me ha puesto por padre de Faraón y señor de toda su casa y gobernador sobre toda la tierra de Egipto (Génesis 45: 5-8).

Por cierto, lo que hicieron sus hermanos fue malo, pero Dios lo empleó para el bien de muchas personas y, particularmente, para la preservación de la descendencia de Abraham, de la cual provendría Jesús, el Mesías.

3. *El mal y el sufrimiento como llamado al arrepentimiento*

Una vez le contaron a Jesús acerca de un acto cruel de Poncio Pilato. La respuesta del Señor es muy clara:

En esa misma ocasión había allí algunos que le contaron acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con la de sus sacrificios. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque sufrieron esto? Os digo que no; al contrario, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. ¿O pensáis que aquellos dieciocho, sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, eran más deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalén? Os digo que no; al contrario, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente (Lucas 13: 1-5).

En lugar de condenar la masacre, el Señor aprovechó la oportunidad para despertar en sus oyentes – añadiendo, incluso, otro ejemplo – a la urgente necesidad de arrepentirse de sus pecados y ponerse en paz con Dios.

La adversidad – propia o ajena – es un fenómeno mediante el cual Dios llama a todos al arrepentimiento. Pablo lo explicó de este modo, escribiendo a los cristianos de Corinto:

...ahora me regocijo, no de que fuisteis entristecidos, sino de que fuisteis entristecidos para arrepentimiento; porque fuisteis entristecidos conforme a la voluntad de Dios, para que no sufrierais pérdida alguna de parte nuestra. Porque la tristeza que es conforme a la voluntad de Dios produce un arrepentimiento que

conduce a la salvación, sin dejar pesar; pero la tristeza del mundo produce muerte. (2 Corintios 7: 9-10).

En su libro *El problema del dolor*, C. S. Lewis subrayó: “El dolor insiste en ser atendido. Dios nos susurra en nuestros placeres y habla en nuestras conciencias, pero vocifera en nuestros dolores. Es su megáfono para despertar un mundo sordo”.

4. *El mal y el sufrimiento como forja de nuestro carácter*

Sin excluir las explicaciones anteriores, la exposición al mal y al sufrimiento también puede considerarse una forma a través de la cual Dios **nos enseña** lecciones importantes y moldea nuestro carácter para que se asemeje cada vez más al carácter de Cristo. Ya en el Antiguo Testamento se enseña que el sufrimiento es uno de los recursos de Dios para llamarnos a la santidad:

Antes que fuera afligido, yo me descarrié, mas ahora guardo tu palabra.

Bueno es para mí ser afligido, para que aprenda tus estatutos.

Yo sé, SEÑOR, que tus juicios son justos, y que en tu fidelidad me has afligido.

Sea ahora tu misericordia para consuelo mío, conforme a tu promesa dada a tu siervo (Salmos 119: 67, 71, 75-76).

La Primera Carta de Pedro desarrolla especialmente este tema:

En lo cual os regocijáis grandemente, aunque ahora, por un poco de tiempo si es necesario, seáis afligidos con diversas pruebas, para que la prueba de vuestra fe, más preciosa que el oro que perece, aunque probado por fuego, sea hallada que resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo (1 Pedro 1: 6-7).

Como cristianos, debemos reconocer que nuestras aflicciones **nunca son vanas**, sino que forjan nuestro carácter, desarrollan nuestra paciencia, fortalecen nuestra perseverancia y alimentan nuestra esperanza. En palabras del Apóstol Pablo:

Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por medio de quien también hemos obtenido

entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza; y la esperanza no desilusiona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado (Romanos 5: 1-5).

5. El mal y el sufrimiento combaten nuestro orgullo y autosuficiencia

El orgullo quizás sea el peor de los pecados, pues es fuente de muchos otros y se interpone en nuestra relación con Dios. A veces es necesaria una dosis de sufrimiento para recordarnos nuestra dependencia de Dios, como tuvo que aprender por experiencia el mismo Apóstol Pablo. Él estaba en peligro de tornarse orgulloso por causa de las revelaciones que había recibido de Dios.

Y dada la extraordinaria grandeza de las revelaciones, por esta razón, para impedir que me enalteciere, me fue dada una espina en la carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca. Acerca de esto, tres veces he rogado al Señor para que lo quitara de mí. Y Él me ha dicho: Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Corintios 12: 7-10).

Claramente, entonces, nuestras aflicciones son un antídoto contra el orgullo y un poderoso estímulo para fortalecer nuestra continua dependencia de Dios.

6. El mal y el sufrimiento nos enseñan a ser más compasivos

Nuestra experiencia en el sufrimiento que padecemos, y el consuelo que recibimos de Dios en diversas aflicciones, no son solamente para nuestro beneficio. La Escritura enseña que también nos capacitan para extender a otros la misericordia y el amor de Dios. Si bien todos somos llamados a la compasión, la experiencia muestra que los más aptos para consolar suelen quienes han pasado – o aún pasan – por la misma aflicción particular: Una persona que

ha perdido un ser querido, otra que se quedó sin trabajo, una mujer a quien su esposo le fue infiel, alguien que a superado un problema de abuso o de adicción, un paciente que lucha con el cáncer, son a menudo los más idóneos para consolar a quienes atraviesan las mismas crisis. El Apóstol escribió:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda tribulación nuestra, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier aflicción con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios (2 Corintios 1: 3-4).

En nuestra experiencia cotidiana, haber pasado por ciertos sufrimientos nos capacitan especialmente para sentir compasión y ser capaces de consolar a otros (2 Corintios 1:4).

7. *El mal y el sufrimiento contribuyen al avance del Evangelio*

Por una parte, nos brindan oportunidades de dar buen testimonio ayudando de muchas maneras posibles a quienes están padeciendo. Por otra parte, desarrollar nuestra capacidad de mantener nuestra entereza y nuestro testimonio en medio de la adversidad es algo que tanto los creyentes como los no creyentes pueden valorar y desear para sí mismos. Desde su inicio y hasta nuestros días, la iglesia ha crecido más vigorosa y pura precisamente en aquellos lugares donde los hermanos deben afrontar las mayores adversidades. Esto era tan cierto durante los primeros siglos, cuando el cristianismo era una religión ilegal en el Imperio Romano, como hoy, particularmente en la China y en África, donde los cristianos soportan la persecución de los gobiernos o de fanáticos de otras religiones. Las personas ven algo diferente, algo que anhelan para sí mismos, en esos cristianos que aman a pesar de todo y enfrentan la adversidad con fe y valor.

Esta también fue la experiencia del Apóstol Pablo, cuando estaba prisionero por causa del Evangelio.

Y quiero que sepáis, hermanos, que las circunstancias en que me he visto, han redundado en el mayor progreso del evangelio, de tal manera que mis prisiones por la causa de Cristo se han hecho notorias en toda la guardia pretoriana y a todos los demás; y que la mayoría de los hermanos, confiando en el Señor por

causa de mis prisiones, tienen mucho más valor para hablar la palabra de Dios sin temor (Filipenses 1: 12-14).

Por un lado, la conducta de Pablo motivó a los demás creyentes para ser fortalecidos en su fe y alentados a testimoniar; y por el otro, impresionó a los incrédulos, inclusive a los de la Guardia Pretoriana, nada menos que el selecto cuerpo de soldados veteranos que formaba la custodia personal del emperador.

8. *El mal y el sufrimiento frente a la revelación progresiva*

El sentido de justicia y su misma fe en Dios de los santos del Antiguo Testamento los llevaron muchas veces a clamar a Dios ante la adversidad. Por ejemplo, David exclama: “Mi alma también está muy angustiada; y tú, oh SEÑOR, ¿hasta cuándo?” (Salmos 6: 3). Los profetas clamaron también por liberación y justicia en numerosas ocasiones. Por ejemplo, Habacuc escribió:

¿Hasta cuándo, oh SEÑOR, pediré ayuda, y no escucharás, clamare a ti: ¡Violencia! y no salvarás? ¿Por qué me haces ver la iniquidad, y me haces mirar la opresión? La destrucción y la violencia están delante de mí, hay rencilla y surge discordia. Por eso no se cumple la ley y nunca prevalece la justicia. Pues el impío asedia al justo; por eso sale pervertida la justicia (Habacuc 1: 3-4).

En el Nuevo Testamento, el tono cambia drásticamente. Estos reclamos cesan y prevalece al anuncio del Evangelio del Reino y el llamado de amar a nuestros semejantes, incluso a nuestros enemigos. Esto no se debe a resignación frente a la injusticia, ni mucho menos a falta de fe en el poder de Dios. La causa del notable cambio de actitud debe hallarse en la persona, las enseñanzas y la obra de Cristo, que marcan un camino nuevo y más excelente.

Nuestros sufrimientos son temporales, pero la bendición de Dios es eterna. Pablo soportó hambre, frío, agresiones físicas, prisión y muchas otras penurias; pero sabía distinguir entre lo pasajero y lo eterno.

Por tanto no desfallecemos, antes bien, aunque nuestro hombre exterior va decayendo, sin embargo nuestro hombre interior se renueva de día en día. Pues esta aflicción leve y pasajera nos produce un eterno peso de gloria que sobrepasa

toda comparación, al no poner nuestra vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2 Corintios 4: 16-18).

9. El mal y el sufrimiento deben verse a la luz de la cruz de Cristo

Paradójicamente, la victoria decisiva contra el mal y el sufrimiento fue alcanzada precisamente a través del mal y el sufrimiento. Cite antes un autor que notaba que ningún ser humano experimenta todo el sufrimiento de la humanidad. No obstante, hay una fundamental excepción: En la cruz, Jesús cargó con el pecado de toda la humanidad. Solamente él pudo hacerlo, porque era perfectamente Dios y hombre. Desde luego, la crucifixión de Cristo fue una señal del más rotundo fracaso para los incrédulos, pero es fuente de salvación y consolación para los que creemos.

Porque la palabra de la cruz es necesidad para los que se pierden, pero para nosotros los salvos es poder de Dios. (...) Porque en verdad los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, piedra de tropiezo para los judíos, y necesidad para los gentiles; mas para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios (1 Corintios 1: 18, 22-24).

En este sentido, como cristianos debemos recordar que fue Jesucristo mismo quien hizo posible nuestra salvación a través de su propio sufrimiento (Filipenses 2). Aunque sea misterioso y desafíe algunos razonamientos, la Escritura declara que, como hombre, Jesús fue **perfeccionado** en su papel redentor por medio del sufrimiento:

Porque convenía que aquel para quien son todas las cosas y por quien son todas las cosas, llevando muchos hijos a la gloria, hiciera perfecto por medio de los padecimientos al autor de la salvación de ellos. (Hebreos 2:10).

Cristo, en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librarle de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente; y aunque era Hijo, aprendió obediencia por lo que padeció; y habiendo sido hecho perfecto, vino a ser fuente de eterna salvación

para todos los que le obedecen, siendo constituido por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (Hebreos 5:7-10).

El hecho del sufrimiento humano es percibido con una nueva luz cuando nos damos cuenta de que Dios **empleó el sufrimiento y la muerte de Jesucristo** para hacer posible nuestra propia salvación. Y nosotros debemos seguir el mismo camino: Vencer como Cristo venció. Jesús prometió: “Al vencedor, le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21).

10. El mal y el sufrimiento tendrán un final

Finalmente, debemos recordar que Dios ha prometido erradicar por completo el mal y el sufrimiento para siempre. Jesús prometió a sus discípulos: “Y entonces verán AL HIJO DEL HOMBRE QUE VIENE EN UNA NUBE con poder y gran gloria. Cuando estas cosas empiecen a suceder, erguíos y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redención” (Lucas 21: 27-28). El Apóstol Pedro declaró: “Pero, según su promesa, nosotros esperamos nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3. 13). Por su parte, el apóstol Pablo declaró:

Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada. Porque el anhelo profundo de la creación es aguardar ansiosamente la revelación de los hijos de Dios. (...)Porque en esperanza hemos sido salvos, pero la esperanza que se ve no es esperanza, pues, ¿por qué esperar lo que uno ve? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. (Romanos 8: 18-19, 24-25).

Y en la revelación dada al Apóstol Juan, el mismo Señor promete:

Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo. Entonces oí una gran voz que decía desde el trono: He aquí, el tabernáculo de Dios está entre los hombres, y El habitará entre ellos y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará entre ellos. El enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las

primeras cosas han pasado. Y el que está sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21: 1-5).

Conclusión

La naturaleza y actual condición de este mundo, con sus males y sufrimiento, no son razones adecuadas para negar el amor, el poder o la sabiduría de Dios. En algunos casos podemos vislumbrar las razones que Dios puede tener para permitir un mal o un sufrimiento. En otros casos no podemos imaginar una buena razón, lo cual no significa que no exista. En estos últimos casos, las Escrituras nos exhortan a confiar en que Dios sabe bien lo que hace y que todas las cosas cooperan para el bien de quienes lo aman (Romanos 8: 28). Además, nos prometen un cielo nuevo y una tierra nueva, donde mora la justicia y el sufrimiento no existe más.